

Reinaldo Arenas

LA LOMA DEL ÁNGEL



De la presente edición, 2018

- © Editores Argentinos en representación legal de los herederos y albaceas de Reinaldo Arenas.
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Dirección de la colección Mariel: Juan Abreu
Edición: Ladislao Aguado
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler
Imagen de cubierta: Steve Johnson
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-17-1

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

A PROPÓSITO DE LA COLECCIÓN «MARIEL»

Hay una Cuba de antes de 1980 y una Cuba que comenzó a nacer a partir de 1980. En esa Cuba de antes de 1980, los que huían de la isla, se consideraban exiliados. En la Cuba posterior, sobre todo a partir de la década de los 90, eso fue cambiando y surgió la figura del emigrante del castrismo cubano. Algo que a mí siempre me ha parecido insólito, de una dictadura se huye no se emigra.

Los libros que he agrupado en esta colección, pertenecen, literariamente hablando, a esa Cuba anterior a 1980: sólo pueden haber sido escritos por exiliados de la dictadura cubana. No quiero decir que sean mejores ni peores, sólo señalo que pertenecen a una época y a una Cuba que ya no existe, o de la que ya queda muy poco, y que comparten cierta mirada sobre los tiempos que a los autores les tocó vivir, amén de una saludable furia.

Algunos de los escritores que agrupo en esta colección, que se publica gracias a la iniciativa y al interés de Editorial Hypermedia, salieron de la isla durante el Éxodo del Mariel, otros lo hicieron un poco antes o algo después del gran éxodo marítimo. Pero todos pertenecen a esa Cuba que producía exiliados políticos, fugitivos, y no emigrantes. A mi entender, estas obras se alimentan, enriquecen e iluminan unas a otras, y ayudan a definir y a comprender el tiempo que a sus autores les tocó padecer. Por eso las he reunido aquí.

Juan Abreu

*Para Dolores M. Koch.
Porque sin su estímulo este libro nunca se hubiese
escrito.*

Ángel de la jiribilla, ruega por nosotros. Y sonríe.
José Lezama Lima

SOBRE LA OBRA

Cecilia Valdés o La Loma del Ángel, del escritor cubano Cirilo Villaverde, es una de las grandes novelas del siglo XIX. El autor comenzó a escribirla en La Habana hacia 1839, luego marchó al exilio y la terminó en Nueva York, donde se publica íntegramente en 1882.

Esta novela ha sido considerada como un cuadro de costumbres de su época y también como un alegato anti-esclavista, pero en realidad es mucho más que eso. La obra no es solamente el espejo moral de una sociedad envejecida (y enriquecida) por la esclavitud, así como el reflejo de las vicisitudes de los esclavos cubanos en el pasado siglo, sino que también es lo que podría llamarse «una suma de irreverencias» en contra de todos los convencionalismos y preceptos de aquella época (y, en general, de la actual) a través de una suerte de incestos sucesivos.

Porque la trama de Cecilia Valdés no se limita a las relaciones amorosas entre los medio hermanos Cecilia y Leonardo, sino que toda la novela está permeada por incesantes ramificaciones incestuosas hábilmente insinuadas. Tal vez el enigma y la inmortalidad de esta obra

radiquen en que al Villaverde presentarnos una serie de relaciones incestuosas, consumadas o insinuadas, nos muestra la eterna tragedia del hombre; esto es, su soledad, su incomunicación, su intransferible desasosiego, y, por lo tanto, la búsqueda de un amante ideal que por ello solo puede ser espejo —o reflejo— de nosotros mismos.

La recreación de esa obra que aquí ofrezco dista mucho de ser una condensación o versión del texto primitivo. De aquel texto he tomado ciertas ideas generales, ciertas anécdotas, ciertas metáforas, dando luego rienda suelta a la imaginación. Así pues no presento al lector la novela que escribió Cirilo Villaverde (lo cual obviamente es innecesario), sino aquella que yo hubiese escrito en su lugar. Traición, naturalmente. Pero precisamente es esa una de las primeras condiciones de la creación artística. Ninguna obra de ficción puede ser copia o simple reflejo de un modelo dado, ni siquiera de una realidad, pues de hecho dejaría de ser obra de ficción.

En cuanto a la literatura como re-escritura o parodia, es una actividad tan antigua que se remonta casi al nacimiento de la propia literatura (o por lo menos al nacimiento de su esplendor). Baste decir que eso fue lo que hicieron Esquilo, Sófocles y Eurípides en la antigüedad y luego Shakespeare y Racine, para solo mencionar a los autores más ilustres de todos los tiempos. La ostentación de tramas originales —ya lo dijo brillantemente Jorge Luis Borges— es una falacia reciente. Así lo comprendieron Alfonso Reyes con su *Ifigenia cruel*, Virgilio Piñera con su *Electra* Garrigó y hasta Mario Vargas Llosa en *La guerra del fin del mundo*. De manera que con antecedentes tan ilustres ni aun una torpeza tan desmesurada como la mía necesita mayor justificación... De todos modos, creo que cuando tomamos como mate-

ria prima un argumento conocido se puede ser, desde el punto de vista de la invención creadora, mucho más original, pues en vez de preocuparnos por una trama específica nos adentramos libremente en la pura esencia de la imaginación y por lo tanto de la verdadera creación.

Las « conclusiones » con que termina este libro tampoco son precisamente aquellas a las que llegó Villaverde en el suyo. Sin embargo, en ambos creo ver lo que es patrimonio del género humano y que nosotros, modestos voceros (o escritores), reflejamos: la búsqueda incesante de una redención, búsqueda que a pesar de la renovada infamia —o tal vez por ella— siempre se acrecienta.

R. A.

PRIMERA PARTE

(LA FAMILIA)

CAPÍTULO PRIMERO

LA MADRE

Desde su cuarto, que es el de toda la familia, Rosario, junto a su hija recién nacida, oye el ruido de una calesa que se acerca. Doña Josefa abre la puerta y ya Rosario puede escuchar la conversación que sostiene su madre con quien fuera su amante, don Cándido de Gamboa.

—Vengo a buscar a la niña.

—¿A dónde la lleva?

—A la casa cuna. Yo me ocuparé de que no le falte nada. Pero nadie puede saber que soy su padre.

—¿Y Rosario?

—Ella tiene que comprender que es la única solución. No se habrá imaginado que yo iba a reconocer a la niña como hija propia, a no ser que esté loca.

Don Cándido y Josefa entran ahora en el cuarto. Toman a la niña que llora casi con desgano y en seguida se calla.

—Rosario —dice Josefa ya en la puerta con su nieta en los brazos—, es lo mejor que se puede hacer...

Rosario no habla. Cierra los ojos y parece dormir. Pero así, con los ojos cerrados, contempla aun mejor el panorama de toda su vida: nieta de abuela esclava y de hombre blanco y desconocido; hija de mulata oscura y de un hombre blanco y desconocido; mulata, amante de un hombre blanco que ya la abandona y madre de una niña que tampoco conocerá a su padre. Ahora comprende que solo fue un objeto de placer para aquel hombre que se lleva a su hija, y que la miseria, el desprecio y el desamparo es todo lo que posee. Y comprende más, comprende que en ese mundo donde vive (o habita) no hay sitio para ella ni siquiera en el olvido.

Pues tendrá que salir a la calle, trabajar, ver y servir precisamente a los que la desprecian y humillan. Hipócrita, sumisamente, tendrá que besar la mano que desearía ver cortada, o cortar ella misma.

Rosario abre ahora los ojos y mira para el altar donde está la virgen traspasada por una espada de fuego y con el niño en brazos.

—Qué consuelo —pregunta, o se pregunta— podrá ayudarme a seguir viviendo.

(Porque lo peor de todo no era solo que le quitaran a su hija, sino que el padre, el hombre que amó y ama, era quien se la quitaba. Y al hacerlo ni siquiera miró para ella, la madre).

—La locura, la locura —le pareció que alguien decía en voz lejana y suave que casi arrullaba y adormecía, como hubiese ella arrullado y adormecido a su amante, o al menos al fruto de ese amor.

—La locura, la locura... —volvió alguien a repetir aun más suave, más dulcemente.

Y Rosario Alarcón enloqueció.

CAPÍTULO II

EL PADRE

Loca, claro. Rosario tenía que estar completamente loca para pensar que yo, don Cándido de Gamboa y Lanza, futuro Conde de la Casa Gamboa —título que ya tengo bien pagado a los mismísimos Reyes de España—, iba a reconocer públicamente a una hija expósita, tenida a contrapelo con una mulata casi negra, como es ella, la Rosario.

Pero es que con los negros nunca se queda bien; si les das una paliza eres un déspota, si no se la das eres un imbécil y te roban hasta las brasas del fogón... En verdad yo he sido demasiado bueno. ¿Quién en este mundo se ocupa de una hija natural tenida con una negra por puro placer? Nadie. Solo Cándido Gamboa. ¿Quién ha hecho posible que nuestra hija, Cecilia, mulata y todo haya tenido una educación en esa casa de beneficencia y que nada le haya faltado, ni a ella ni a su abuela, ni a su madre? A todas las he mantenido yo, con mi trabajo, con mi fortuna. ¡Y todavía hablan mal de mí! ¿Qué querían? ¿Que acogiera a Cecilia como una

hija más? ¿Que la trajese a vivir a mi casa con mis hijos reconocidos? ¿Que la hija de una negra viviera con mis hijas blancas y con mi hijo Leonardito? ¿Que mi propia esposa, la señora doña Rosa de Gamboa, futura condesa, saliese a pasear en volanta con la mulatica como si fuera su propia hija? ¡Qué diría la gente...! ¡Lo menos que Cecilia no era siquiera hija mía, sino de Rosa con algún negro del barracón! ¡Ya eso sería el colmo!

Pero en un país de negros y mulatos hay que esperar lo peor. El ejemplo, desgraciadamente, lo tenemos en la mismísima Cecilia que ya tiene doce años —sí, doce años hace que se atarantó la Rosario—, casi una mujer, y lo único que hace es vagabundear por las calles y plazas, chancletear día y noche, jugar, tanto con los negros como con los mulatos y blancos. De seguro que su fin no será bueno... Claro, si se enteran de que yo soy su padre dirán que soy un verdugo por no haberla reconocido como hija legal. Pero lo cierto es que todas las semanas visito a su abuela y le doy una onza de oro para los cuidados de la niña. ¡Una onza de oro! Y trato de que no se junte con los negros ni con los mulatos y que se recoja temprano en su casa. Pero a su abuela, como buena negra, las palabras le entran por un oído y le salen por el otro.

Ayer mismo estuvo aquí Cecilia ¡En mi propia casa! Mis hijas la vieron pasar por la calle y la convidaron a jugar. Le hicieron mil preguntas y estaban encantadas con los cabellos rizados de la mulatica. Yo la miraba con recelo, diciéndome: *es el mismo retrato de mi hija Adela...* Y creo que hasta mi esposa, que se le escapó al diablo, notó el parecido y se puso seria. Si ella se entera de que esa mulatica es hija mía se arruinaría la familia y los títulos de la Casa Gamboa... Aunque aquí el que

no tiene de congo tiene de carabalí ¡Y cómo no ha de ser así, con esas negras semidesnudas que para ir de la cocina al comedor hacen mil meneos! Y esos cuerpos, y esas caderas... Pero yo sí que no tengo nada de negro, ni siquiera soy, por fortuna, criollo. Español de pura cepa, he hecho mi fortuna sudando la gota gorda.

He sido albañil y carpintero, he vendido maderas y tejas, y sobre todo, he arriesgado mi fortuna, y a veces hasta el pellejo, trayendo sacos de carbón —esto es, negros del África— y vendiéndolos aquí a los señores de los ingenios, con lo que he contribuido al desarrollo de esta isla y gente malagradecidas. Es cierto que mi matrimonio con Rosa también me ayudó mucho, ella tenía su fortuna. Pero yo la he triplicado con mi trabajo... Yo tengo un ingenio, un cafetal, un barracón lleno de negros bozales. Yo tengo una mansión en el centro de La Habana, con zaguán y volantas. Yo tengo a mi hijo estudiando en el Seminario de San Carlos. Y todo eso que yo tengo lo he hecho yo, trabajando duro. ¡Y todavía dicen que soy malo y hasta que le tiro en la cabeza a mis esclavos lo primero que tengo a mano! Falso. Solo rompo en sus cabezas platos de barro, faros de vidrio, objetos de cobre o sillas rústicas. Cosas de poco valor.

CAPÍTULO III

CECILIA

Tenía doce años y su pasión era caminar; mejor dicho, chancletear; perderse por las intrincadas calles de La Habana haciendo repicar las suelas de madera de sus sandalias. Ir y venir desde la Capitanía General hasta la Puerta de Monserrate, entrar a plazas e iglesias atornando con su paso.

A veces, sin que su abuela lo supiese, cruzaba la muralla y se paseaba por todo el barrio del Manglar. Tocaba incluso a la puerta de alguna casa y antes de recibir respuesta echaba a correr dejando la estela de una enorme polvareda. Otras, se metía sin autorización en el patio del convento de los padres belenitas y provocaba, tanto en los jóvenes como en los viejos curas, un enorme alboroto.

«Cecilia, Cecilia», parecía oír la voz de su abuela, llamándola desde la casa en el callejón de San Juan de Dios. Pero ella, Cecilia, estaba ahora hablando con las hijas de Cándido Gamboa; sobre todo con su hijo,

Leonardo, que siempre aprovechaba la menor oportunidad para darle un pellizco o para acompañarla hasta el mercado de la plaza vieja donde negros libertos, mulatos y hasta españoles pregonaban a voz en cuello todo tipo de mercancía, desde una navaja hasta un pavo real, desde unos tirantes elásticos hasta una horca portátil.

Pero su pasión no era aún Leonardo, sino la calle. Parecía como si no pudiera detenerse en ningún sitio. En pleno mediodía cuando todos en la ciudad, salvo los esclavos, dormían la siesta, el ruido de sus chancletas retumbaba agresivamente sobre el empedrado, sobre los puentes de madera y hasta sobre los tejados de barro que ella, a esa hora, rompía con su paso para furia de los dueños de la casa y de los esclavos que, por orden del amo, tenían que correr tras ella por toda la ciudad sin darle nunca alcance.

«Cecilia» la llamaban las negras para ofrecerle (gratis) una tortilla recién sacada del burén, las niñas desde las ventanas enrejadas para tirarles del pelo, los muchachos para que jugara con ellos a la pelota, las viejas para preguntarle cómo sigue doña Josefa... Pero ella no responde. Su placer no es llegar a sitio alguno, sino pasar, pasar corriendo. Seguir.

Sabe que si se detiene invariablemente comenzarán las preguntas. ¿Eres negra o blanca? ¿Quién es tu padre? ¿Quién te mantiene? ¿Cuál es tu historia? ¿Es cierto que te pusieron en la inclusa?

Y su historia, al menos para ella, era un enigma. Sus referencias son solo una abuela mulata que nadie sabe de qué vive, una bisabuela negra que, según dicen, es bruja, una cicatriz en el hombro derecho y un apellido, Valdés, con el que bautizan en la Casa Cuna a los niños de padres desconocidos.

Los demás tienen hermanos, padres, madres, alguien a quien poder odiar o amar, parecerse o renegar. Ella tiene las calles, los portales y la claridad del día. Ella se tiene solo a sí misma y por eso sabe (o intuye) que si deja de haber ruido deja de ser.

CAPÍTULO IV

LA ABUELA

Cuando Cecilia regresa a casa, siempre tarde en la noche, doña Josefa está aún despierta, aguardándola. Teme que un día la muchacha no regrese. Teme —presiente— que el destino de su nieta será como el suyo o como el de su hija Rosario, o el de su propia madre: un destino desolado.

Cecilia se enamoraría de un hombre blanco que la utilizaría como una amante; una mujer que se visitaría en secreto solo cuando se tuviesen deseos de desahogarse.

En realidad, ya Cecilia estaba enamorada de un hombre blanco, aunque quizás ni la propia Cecilia lo sabía. Pero ella, la abuela, había visto la elegante figura de un joven conversar con su nieta tras los balaustres de la ventana. Hablaban en voz baja y evidentemente no era la primera vez que se encontraban. Quizás cuando ella, la abuela, se ausentaba de la casa ese hombre había entrado allí; tal vez ya eran amantes.

Silenciosamente, como ese andar de sombra ya típico en ella, doña Josefa se había llegado hasta la sala y

había reconocido al apuesto joven. Era Leonardo Gamboa —el hijo de don Cándido—: el hermano de Cecilia. Ese era quien la cortejaba. Y ese era el hombre que Cecilia amaba, y no precisamente como a un hermano.

Sin duda se trataba de una maldición o de una burla, pensó la abuela refugiándose en la habitación y contemplando la virgen traspasada por la espada de fuego que resplandecía (gracias a una vela encendida) en su ermita. De tanto haber ocultado el verdadero parentesco de Cecilia Valdés, su propio hermano, sin saberlo se había enamorado de ella. Y ella de él. Eso era lo peor.

¿Qué diría don Cándido cuando lo supiera? Porque tarde o temprano lo sabría... Quizás mandaría a matar a su hija o por lo menos a expulsarla de la ciudad; le suspendería la ayuda. Se morirían de hambre.

Y después de todo —seguía pensando doña Josefa—, ¿no era lógico que Cecilia se buscara un hombre blanco? ¿Qué futuro podía tener casada con un mulato o un negro en un país de esclavos? Criada, vendedora ambulante, costurera, cocinera. Todo eso en el mejor de los casos... Tenía ya dieciocho años. Nadie podía pensar, a primera vista, que era de la raza negra. Tal vez podría hasta casarse con un hombre blanco, tener hijos. Para no perjudicarla ella, la abuela, no volvería a verla. En cuanto a Rosario Alarcón, loca de cepo, como la llamaban las monjas de la Casa de las Recogidas, jamás se preocuparía por su hija. Y el pasado de Cecilia era solo una cicatriz en forma de medialuna hecha por doña Josefa para poderla identificar entre tantos niños de padres anónimos depositados en la Casa Cuna.

Pero, desde luego, si como todas las mujeres de la familia, el destino —y el deseo— de Cecilia era vivir con un hombre blanco, ese hombre no podía ser su pro-

pio hermano, se dijo a sí misma doña Josefa y decidió de inmediato, y a pesar de todo, visitar a don Cándido Gamboa para ver de qué manera podían ellos ponerle fin a ese asunto sin peores consecuencias y sin que doña Rosa se enterara.

ÍNDICE

A propósito de la Colección Mariel	7
Sobre la obra	13
PRIMERA PARTE	17
(LA FAMILIA)	17
Capítulo PRIMERO	19
La madre	19
Capítulo II	21
El padre	21
Capítulo III	24
Cecilia	24
Capítulo IV	27
La abuela	27
Capítulo v	30
Doña Rosa	30
Capítulo VI	33
La loma del Ángel	33
Capítulo VII	41
Reunión familiar	41
SEGUNDA PARTE	47
(LOS NEGROS Y LOS BLANCOS)	47
Capítulo VIII	49
El baile	49
Capítulo IX	53

José Dolores	53
Capítulo x	56
Nemesia Pimienta	56
Capítulo xi	61
Dionisios	61
Capítulo xii	64
El duelo	64
Capítulo xiii	68
Del amor	68
TERCERA PARTE	71
(LOS BLANCOS Y LOS NEGROS)	71
Capítulo xiv	73
Isabel Ilincheta	73
Capítulo xv	79
Un paseo en volantas	79
Capítulo xvi	82
El paseo del Prado	82
Capítulo xvii	90
El encuentro	90
Capítulo xviii	96
Dolores Santa Cruz	96
Capítulo xix	100
La cita	100
Capítulo xx	104
El Capitán General	104
Capítulo xxi	109
La amistad	109
Capítulo xxii	113
Del amor	113
CUARTA PARTE	117
(EN EL CAMPO)	117
Capítulo xxiii	119
En el cafetal	119

Capítulo xxiv	123
La máquina de vapor	123
Capítulo xxv	129
El romance del palmar	129
Capítulo xxvi	134
La confusión	134
Capítulo xxvii	138
Cirilo Villaverde	138
Capítulo xxviii	143
La cena pascual	143
QUINTA PARTE	149
(EL REGRESO)	149
Capítulo xxix	151
El milagro	151
Capítulo xxx	157
Del amor	157
Capítulo xxxi	161
El baile de la sociedad filarmónica	161
Capítulo xxxii	168
La boda	168
Conclusiones	174
Capítulo xxxiii	176
Del amor	176
Capítulo xxxiv	179
Del amor	179
Otros títulos de la Colección Mariel	185

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN MARIEL¹

¹ Una colección dirigida por Juan Abreu.

1. *Dile adiós a la Virgen* (novela), de José Abreu Felipe
2. *Al norte del infierno* (novela), de Miguel Correa
3. *La travesía secreta* (novela), de Carlos Victoria
4. *Este viento de Cuaresma* (novela), de Roberto Varelo
5. *Miami en brumas* (novela), de Nicolás Abreu Felipe
6. *Curso para estafar y otras historias* (cuento), de Leandro Eduardo (Eddy) Campa
7. *Del lado de la memoria* (cuento), de Luis de la Paz
8. *Impresiones en el viento* (cuento), de Rolando Morelli
9. *La loma del Ángel* (novela), de Reinaldo Arenas
10. *Boarding Home* (novela), de Guillermo Rosales
11. *El gen de Dios* (novela), de Juan Abreu

